

CUENTOS DE ANDAR POR CASA

De

PEPE DE UÑA

Ilustraciones: Quintín García Muñoz

© 2016 José de Uña Zugasti, de los textos

© 2016 Quintín García Muñoz, de las ilustraciones

Impreso en Huella Digital

Número de depósito legal: Z 1390-2016

Para Teresita Borobio



El ojo izquierdo de Filomena

Nunca llegué a saber si el ojo izquierdo de Filomena tenía tan tremenda desviación por su ser natural, o era a causa de forzarlo para ampliar el campo de visión sin necesidad de girar la cabeza; costumbre ésta que practicaba a diario, y gracias a la cual podía atender a pucheros, cacerolas y cazos en el fuego de la hornilla, y a la vez, estar atenta a cuanto a su espalda estuviera ocurriendo. Para mí tenía que, con aquel ojo, Filomena podía llegar a ver cosas que ningún otro mortal alcanzábamos a percibir. Solo así podía explicarme que, cuando lo sentía clavado en mí, de soslayo, un temblor frío, nacido tras el estómago, me recorriera todo el cuerpo al estar convencido de que conocía los mecanismos de gestación de mi próxima trastada. Me será imposible olvidar la tarde en la que Filomena estaba en la piconera recogiendo cisco para darle el último espabilón a los braseros.

Mi hermano Juan, el niño, y yo, estábamos en la cocina, al cuidado de Petrilla. En el fogón había comenzado a hervir el agua para los calentadores de las camas. Cada tarde, Filomena ponía una olla al fuego para tal menester. Desde la cuadra, llegó la voz angustiada de Filomena, advirtiéndome: “¡Retira al niño del fogón!”. Apenas Petrilla cogió a mi hermano y lo retiró de las inmediaciones del fuego, la olla, puesta en el centro de la boca llameante, empezó a deslizarse hacia el borde y cayó al suelo. Perplejo, yo vi como la gran olla de hierro se movía, impulsada por una fuerza nacida en su hirviente interior.

El revuelo posterior, los aspavientos de mi madre y sus quejas a mi padre, fueron calmados por su serena mente racional, propias del equitativo cristiano viejo, que como zamorano, era.

No dudé nunca de que aquel hecho, aún por suceder, pero certero, Filomena lo vio, anticipadametne, con su ojo izquierdo.

Fue mi abuela Agustina, una tarde de lluvia y brasero, no recuerdo a santo de qué, quien me aseguró:

—El ojo izquierdo, es el ojo del Diablo.





A dos velas

Fue necesario que aquella tarde hubiera un apagón general, para que me viera en la necesidad de encender dos velas. Al prender la segunda, me acordé de Él, como si la llama hubiera alumbrado su imagen ausente.

En el sopor que comenzó a diluirme el cuerpo en la penumbra del pasado, no sé ni soñé o imaginé que venía a mi encuentro, surgiendo de la oscuridad de la habitación, donde todo volumen había diluido sus formas en la negrura. Venía a mi encuentro. Sonreía. Más bien, me sonreía. Y en una mano traía un ramo de violetas, que no dudé era como una ofrenda. Lo recordé, entonces, con esa idealización con que la nostalgia tiñe el recuerdo.

Dos horas después, se hizo la luz. Y la realidad cobró el cotidiano peso con el que se paga la soledad.

Al día siguiente, cuando Ella buscaba en el bolso la llave para abrir el portal, oyó el chirriar metálico de un extremo frenazo, seguido de un grito. Y segundos después, el apresurado acelerón de un vehículo en fuga.

Al traspasar el umbral, vio un cuerpo tendido en la calle. Tenía la imposible postura de un juguete roto. Al acercarse, vio que era Él, con la última sonrisa convertida en pavorosa mueca. Y en una mano adelantada, tal vez queriendo salvar lo que en ella llevaba, aún agarraba con fuerza huida un ramo de violetas rotas.

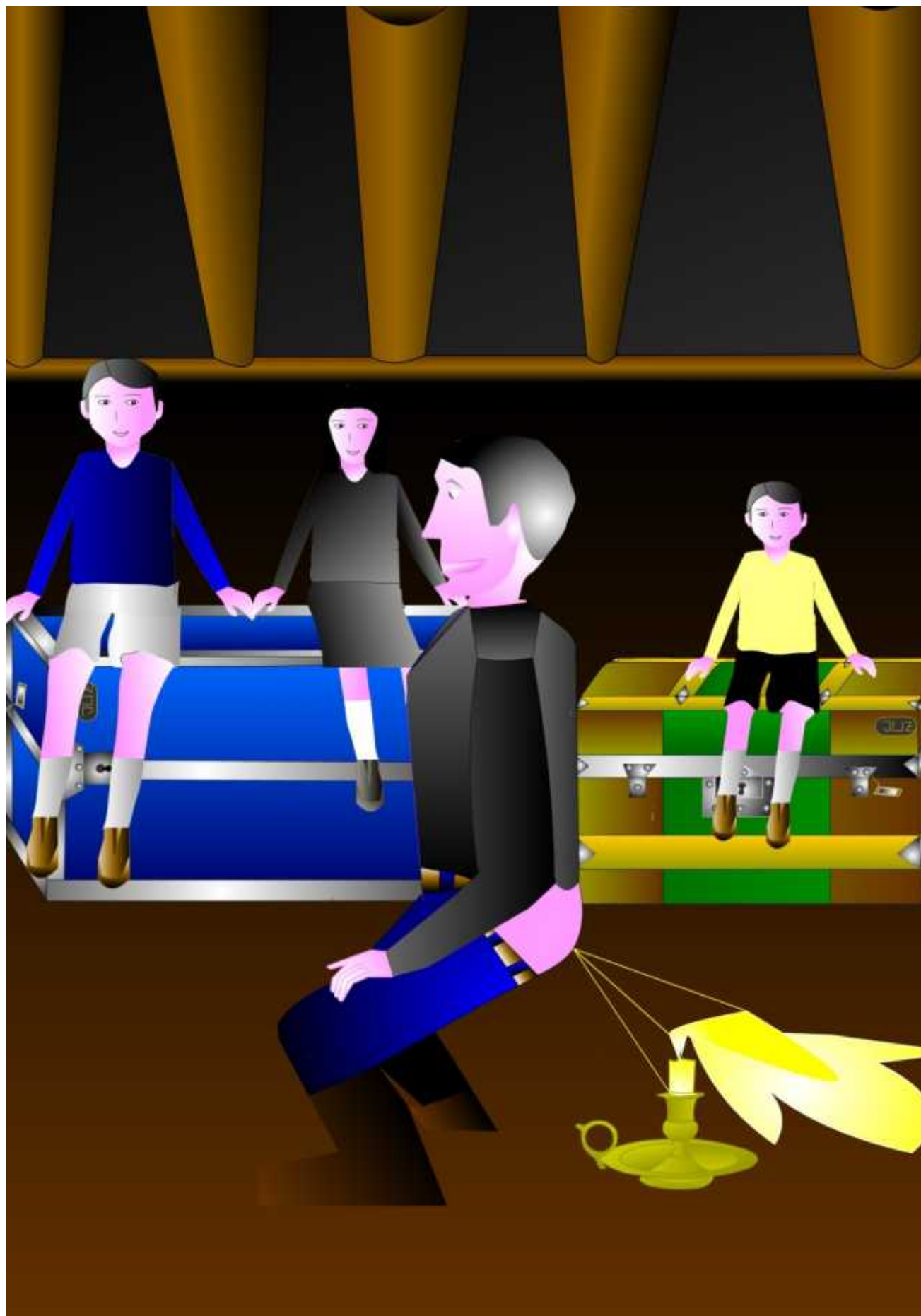
Las navidades que la prima Teresita pasó en casa

Las Navidades en la casa de mis padres comenzaban el día 23, cuando, allá a la tarde, subíamos al desván con el tío Jacinto a quemar pedos. El cuarto, con maderas en la techumbre y lleno de increíbles trastos, solo tenía tres paredes, porque, por un lado, el que daba a la calle, el techo se posaba directamente en el suelo, y eso siempre nos parecía curioso. Al desván teníamos “terminante prohibido” subir, decía mi padre. Y era una lástima, porque cuando jugábamos a tinieblas por toda la casa –que era cuando mis padres se iban a Badajoz–, el desván era un sitio donde nunca te podrían encontrar. Así que el día 23 por la tarde, se juntaban dos placeres infantiles: subir al desván y quemar pedos.

El tío Jacinto tenía su ritual, todos los años el mismo, como mandan las tradiciones que son sagradas: subíamos las escaleras a hurtadillas, mandaba cerrar la puerta una vez todos dentro, nos sentábamos en el suelo con el cemento cuarteado, encendía la palmatoria y apagaba la luz. Entonces, en aquellas tinieblas, oyendo el secreto crujir de los maderos carcomidos y el correteo de los ratones sobre el cañizo del techo –como un garabateo fantasmal–, veíamos, por un instante, el orondo culo del tío Jacinto acucillarse ante la vela entendida. Al momento, decía: “Viene uno de”... Y recurría a su particular clasificación: de bomba, de metralleta, de descarga de fusilería, de cañonazo. Así, con terminología militar, clasificaba el tío Jacinto sus flatulencias; él, que se libró de la mili por tener los pies planos, aunque la abuela Agustina le decía que “por inútil total”.

Mi abuela Agustina, que lo veía todo, como Filomena, sin que nadie se lo dijera, supo que había estado en el desván, y le decía: “Jacinto, hijo, *esa* es una de tus pocas habilidades. ¡Lástima que no puedas rentabilizarla!”. La abuela Agustina siempre llamaba “hijo” al tío Jacinto, pese a lo mayor que era y a la barriga que tenía. Debía ser porque no estaba casado ni tenía hijos. Porque a mi padre lo llamaba Antonio y al tío Isidro, Isidro o Isidrín, según; aunque nunca supe en qué consistía el “según”.

Aquellas Navidades las pasó con nosotros la prima Teresita, a quien se le había muerto la madre y por una de esas razones de mayores, desperdigaron a los seis hermanos por toda la familia; y a ella le tocó venir a casa. Apenas si sabíamos de ella salvo por fotos, cartas recordatorios de primera comunión y cosas así. Pero eso sí, Teresita, aunque de Soria, era nuestra prima. Así que el tío Jacinto no le puso pegas para que subiera al desván. “Total”, dijo, “como estará a oscuras, no me verá el culo”.



Después de la gloriosa tarde del desván, venía la no menos gloriosa mañana del sacrificio del pavo. La gran sacerdotisa era Filomena. Lo realizaba en la cuadra, con el rimero de carbón al fondo, de donde salieron las brujas que yo llegué a ver. En una lumbre de fuego en tierra, sobre las *estrébedes*, tenía puesto un enorme caldero de hierro, donde cocía agua a borbotones. “Como las calderas de Pedro Botero”, decía Filomena con el aliento anisado ya a aquellas horas. Se ponía el pavo entre las piernas, con la hoja del cuchillo matador le hacía una cruz sobre la cabeza y, muy lentamente, le daba un corte bajo la nuca, sin llegar a seccionarle del todo la cabeza, que quedaba colgando como un pelele ensangrentado. Ponía, entonces, el cuerpo bocabajo y, apretándolo todo, recogía la sangre en un puchero de loza marrón. Esta era la parte grimosa de la diversión. Marisita no miraba, porque “le imponía mucho”, que era expresión muy de mi madre. Los demás hermanos, y algún primo, sentados en los escalones de la puerta, veíamos el sangriento espectáculo como lo hacían en el circo los romanos de las películas de romanos. Miré a la prima Teresita para ver el efecto que la degollina le producía. La vi atenta, pero no aterrada, ni sorprendida, como si no le “impusiera” gran cosa.

—Ahora verás lo que es bueno —le anticipé, para impresionar a aquella débil criatura de capital.

Al salir por el cuello la última gota de sangre, Filomena, salmodiando una de las ininteligibles melopeas que mi madre le tenía prohibido decir, metió al pavo en la caldera de Pedro Botero. Expectantes, esperamos en vano. Dio un par de vueltas al cuerpo, que empezaba a despedir un olor a establo caliente, y no pasó nada. Lo desplumó entero. Lo colocó en la fuente para llevárselo a la cocina. Y siguió sin pasar nada. La prima Teresita me miró. En su mirada resabiada de niña de capital, porque Soria nos sonaba a capital, percibí el centelleo de la ironía femenina. ¡Aquella misma mirada la he visto tantas veces a lo largo de mi vida!

Precisamente las Navidades que pasó la prima Teresita en casa, el pavo a medio decapitar, escaldado y casi desplumado, no saltó del caldero para dar dos o tres zancadas descoyuntadas, antes de caer redondo. Esto era lo que esperábamos ver y no vimos. Pero no quise explicárselo porque la llamita de sus ojos me quemaba el orgullo como si estuviera metido en el agua hirviente del caldero de hierro.

Rumiábamos la desazón del fracaso, cuando la prima Teresita de improviso, dijo:

—Es mucho más chachipé —ella hablaba así y en fino— como mata mi abuela Saturia a la pava que nos engorda la señora Quiteria, la que tiene los corrales junto a las vías. Y, sin mediar palabra, nos contó el sacrificio de la navidad soriana:



-Al igual que Filomena, sujeta a la pava entre las piernas. Le abre el pico y le mete un embudo pequeñito que solo utiliza para eso; el resto del año está guardado en los anaqueles altos de la despensa. La pava se atraganta y se mueve mucho. Cuando mi abuela la tiene bien sujeta, me dice: “Ahora puedes”.

Y yo cojo la botella de *Terry*, que es coñac, y la voy vaciando, poco a poco, en las tragaderas de la pava. Si rebosa, mi abuela me dice: “Para”.

Y cuando ha tragado todo el coñac, me dice: “Sigue”. Y yo sigo vertiéndole coñac por el embudo, hasta acabar con la botella. Al sacarle el embudo, la pava hipa y huele como los borrachos de los bares. Entonces mi abuela la deja en el suelo, diciéndole: “Animalito”. A trancas y barrancas, la pava se levanta y comienza a dar vueltas por la cocina, como si le hubieran aflojado los tornillo de las patas; cagándose a cada paso, chocándose con las paredes, las patas de la mesa o la bajera del chinero. Cada vez va más despacio, hasta que cae redonda y ya no se levanta. Entonces la coge mi abuela Satoria y la cuelga por el pescuezo de un palo chacinero de la bodega. Al día siguiente, al levantarnos, vamos corriendo a ver la pava ahorcada. Pero ya no está. Por la noche, el abuelo Polo siempre dice: “Hay que ver el gusto que el coñac le da a la carne”. Y chasquea la lengua varias veces. Y así todos los años.

No quise mirar a la prima Teresita, a la que, hasta entonces, imaginé que pasaba las Navidades decorando el belén con lagos hechos de espejos rotos y ríos de papel de plata.

Ya vienen los Reyes por el Arrabal

La discusión con Filomena sobre la existencia de los Reyes Magos, estaba entre las tradiciones de la tarde del día 5 de enero desde que la prima Teresita iba a pasar las Navidades a la casa de los tíos, que es tanto como decir desde que podía recordar. Se mantenía en la cocina, con Teresita sentada en la silla alta, detrás de Filomena, que es donde debían de estar los niños si en el fogón de la cocina económica estaba puesta la sartén grande con aceite hirviendo. Preparaba la cocinera la cena: croquetas hechas con las sobras del pavo. Teresita admiraba la mecánica maestría con la que Filomena sacaba del perol la pasta con una cuchara de palo; le daba forma con la mano libre y la ponía en el aceite crujiente, retirando un poco la cabeza “por si saltaba”. Con la espumadera las volteaba hasta que cogían, por un igual, el irresistible color dorado que las hacía tan apetitosas a la vista. Al sacarlas, las alineaba en la bandeja de pasta, con flores xerografiadas que habían ido perdiendo lozanía por el efecto de la pringue caliente. Quedaban las croquetas militarmente alineadas, como listas para ser revistadas en el patio de un cuartel antes de salir a desfilas. Por eso era tan difícil robarle una croqueta a Filomena sin que, enseguida, ella se percatase de la falta.

Durante la celebración de esta liturgia anual —La Pascua de Reyes, podría decirse—, tenía lugar la discusión. Teresita hacía gala de la perra gorda de repollez infantil de toda niña de ciudad. Se empeñaba, erre que erre, en convencer a Filomena de la existencia de los Reyes Magos. Y como argumento de autoridad, decía que a ella, este año, le iban a traer una caja de lápices de colores *Alpino* que eran los mejores; desde luego, mucho mejores que los que ahora tenía; o mejor dicho, de lo que quedaba de ellos, porque algunos eran ya tan pequeños que casi tenía que pintar con las uñas.

—Y además, se le rompen las puntas —remató.

—Es porque aprietas mucho —dijo Filomena, retirando la cabeza para evitar un chisporroteo del picón.

—Eso también me lo dice mi padre —protestó Teresita—. Ya verás como a los que me traigan esta noche los Reyes, no se les rompe la punta ni aunque se la saque *finica, finica*.

Y seguía la niña argumentando con las cosas que le habían explicado las monjas en el colegio. “¡Cosas de curas! ¡Cosas de curas!”, farfullaba Filomena, de vez en cuando, mientras al amparo de los pliegues del mandil, trazaba con el índice de la mano izquierda una cruz en el aire, que enseguida, tachaba, bisbiseando uno de los rezos mágicos que la Señorita, mi madre, le tenía terminantemente prohibidos.



Teresita tardaría muchos años en saber que los Tres Reyes Magos, ni eran tres, ni eran reyes, ni eran magos; y mucho menos que uno de ellos fuera negro. Tal vez, por la misma época también se enterara del fusilamiento del hermano de Filomena en la postguerra, y del ominoso papel que en él jugó don Salvador, el cura párroco del pueblo. La muerte en la flor de la vida del único varón de la familia, dejó en la miseria y marcó con el aceite hirviente del oprobio a siete mujeres. La abuela murió enseguida, de vieja y de pena; tres hermanas fallecieron de tisis, una se fue a servir a Barcelona, y en el pueblo quedó Filomena al cuidado de su madre, enferma de un padecimiento para el que don Daniel no tenía remedios.

Tal vez por eso, no salía nunca a la calle, y Filomena en lugar de quedarse a dormir en nuestra casa, como Petra, la doncella, y Antonia, la niñera, todas las noches se iba a su casa del Arrabal, para atender a su “pobre madre”. A Teresita le gustaba salir a despedirla, más que nada, por verla como se liaba en el mantón negro, cogía el cubo de la basura, que tapaba con hojas de periódico, y el candil, estañado por *Las Parriegas*, tres hermanas solteras, vírgenes y albinas. Hecha la luz, daba las buenas noches y se iba. El picaporte de la puerta de la calle era lo último que, en casa extraña, Teresita recordaba oír por la noche, y el primer ruido doméstico de la mañana, cuando llegaba Filomena con los churros recién comprados.

Tal vez fuera por la coincidencia de que viviera en el Arrabal el hecho por el que a Teresita se le ocurrió lo que se le ocurrió y llevara a efecto con tanto sigilo como diligencia. La tía Pepita, con su didáctica de maestra católica, le había explicado el itinerario de los Reyes por el Pueblo: entraban por la Cruz de los Caídos, donde rezaban un padrenuestro por la gloriosa memoria de los que dieron su vida por Dios, por España y por la Revolución Nacional Sindicalista; y salían por el Arrabal, las últimas casas, camino ya a San Vicente de Alcántara. Aquella noche Filomena siguió el ritual de la despedida. Encendió el candil y se echó a la calle. El aldabonzazo de la puerta retumbó por el pasillo y se perdió en la claraboya. Teresita quedó así a la espera del día siguiente.

Cuando Filomena llegó a su casa y destapó el cubo de la basura, se encontró con un liado de periódicos. Al deshacerlo, vio un cucurucho igual a los que hacía la Señora María para la perra chica de pipas que le compraban y se comían en el cine la prima Marisita y ella; pero éste, tenía una embozada de picón en vez de pipas; había también un frasco de colonia Embrujo de Sevilla con aceite limpio y, envuelto aparte, una loncha de tocino que con tan solo mirarla se oía el crujir del frito en la sartén. Lo puso todo Filomena en una balda del chinero, mientras pensaba: “Con esto, un huevo y un currusco de pan, come mi pobre madre mañana, que es fiesta. ¡Y aviada va!”

Al coger el cubo para volcarlo en el comedero del corral, vio,

doblada, media hoja de cuaderno de escuela. Al desdoblarla, resultó ser una carta jeroglífico. Como los Reyes sabían que Filomena era analfabeta, le habían dibujado tres coronas reales: bajo la de la izquierda aparecía esbozada una sonrisa; la del centro estaba rematada por unas largas barbas doradas, con el pelo muy bien peinado, salvo como por un chafrarrinon, o tal vez, el resultado de haberse roto la punta del lápiz amarillo al apretar el peine; y la de la derecha coronaba un punto negro, a carboncillo, que semejaba una cara. Sobre ésta había una flecha para indicar que era este Rey quien se había acordado de ella. “Hay algún rey que es bien tozuda”, se dijo Filomena, quien, pese a haber tenido regalo, siguió sin creer en los Reyes Magos. En sus entendederas de niña, Teresita acomodó el descreimiento de Filomena, pensando: “¡Es cosa de brujas!”.

El agua milagrosa y los gusarapos

Una de las distracciones en las tardes de verano era ir a coger moras a los zarzales de las callejas cercanas al Pueblo. Así que, aquel verano, cuando llegó la prima Teresita de la ciudad, salimos a coger moras.

Las ensartábamos en las ramosidades de las cañahejas ya secas, parecidas a sombrillas sin tela, con solo el entramado de varillas metálicas; aunque Joaquín, que estudiaba en Madrid, las emparentaba, en parecido, con esqueletos fosilizados de medusas preshitóricas. El caso es que los esqueletos de las cañahejas cubiertos de moras, reventonas y jugosas, las llevábamos a casa. Y Filomena hacía con ellas compota de moras. Joaquín, en privado, hacía un juego de palabras con el término culiano, “compota”, del que resultaba una palabra de las que no se podían decir.

Aquella tarde, la prima Teresita, sea por ignorancia, por glotonería o por hambre atrasada, llegó a casa con el esqueleto de cañaheja vacío. Durante el camino, se fue comiendo las moras, lo que sumado a las ingeridas directamente en los zarzales, suponía una considerable ración.

Antes de cenar le dieron los primeros retortijones. Estuvo entrando y saliendo del retrete del patio –el del servicio, para que mi madre no la controlara– las veces suficientes como para sí alertar a Filomena, quien al ver como su rostro viraba al amarillo, lo puso en conocimiento de mi madre.

Mi madre la examinó y al conocer de primera mano los síntomas, llegó a la conclusión de que era un “trastorno intestinal” –mi madre era así, incapaz de decir “entripado”–, y le aplicó el remedio: dieta absoluta y un vaso de agua de san Ignacio cada hora, hasta ver cómo evolucionaba.

Del último estante de la bodega pequeña –de la que solo ella tenía la llave–, bajó la botella de agua de san Ignacio. Le limpió el polvo y las telarañas, la descorchó, sirvió un vaso y lo dio a beber a la prima Teresita, quien tras “la ingesta” –según mi madre–, se fue directa a la cama. Y se quedó a la espera de resultados.

Esperábamos el postre el resto de la familia, cuando llegó Filomena, aspaventosa, con sofoquina, y le dijo a mi madre, en un aparte, por respeto a la mesa: “Señorita, la niña obra negro”.

–¡Defecaciones sanguinolentas! –exclamó mi madre, en los preliminares de un ataque melodramático.

–Pepa, no exageres –fue cuanto dijo mi padre, quien vio peligrar el buen fin de la cena. Como efectivamente sucedió.

Joaquín fue el encargado de llevar recado urgente a don Daniel, médico y amigo de la familia.

Con la llegada a aquellas horas intempestivas de don Daniel, se

revolucionó el cotarro familiar. Corrimos los pequeños tras la comitiva de los mayores, nos apostamos en la puerta de la alcoba donde la prima Teresita yacía, con la cama rodeada de bacinillas que Filomena había reclutado no se sabía de dónde, y retiraba a medida que la prima las iba utilizando.

La auscultó don Daniel con el fonendo y le reconoció la garganta con una cuchara, lo que siempre nos producía mucha angustia a todos, menos a Marisita que la daban arcadas nada más verlo.

—¿Qué ha comido la niña, Pepita? —le preguntó don Daniel a mi madre.

—Lo que todos.

—Se ha atracado de moras —se chivó Marisita desde la puerta, medio ahogada.

—¿Y algo más?

—Y toma un vaso de agua de san Ignacio cada hora —siguió informando mi hermana.

Mi madre se resistía a dar esta información, dada la fama que tenía don Daniel de mujeriego, además de ateo, causa por la que no creía en remedios sacros.

—Déjame ver esa agua milagrosa —solicitó don Daniel con cierto retintín.

Filomena trajo la botella que, aunque limpia recientemente, conservaba, inmarcesible, la insobornable roña del tiempo.

Cogió don Daniel la botella. Se puso sus medias gafas de zapatero sabio de cuentos infantiles, y leyó la etiqueta pegada al cristal. Estaba hecha aprovechando una tira de papel de sellos, y podía leerse: “Agua de san Ignacio. 1935”, escrita con la cuidada letra inglesa con la que mi madre caligrafiaba como nadie. Jamás he visto letra más clara, perfecta, personal. ¡Ojalá hubiera sabido escribir con ella las páginas de la vida familiar!

Acercó don Daniel la botella a la bombilla de la lámpara de pie, y la giró varias veces, observando el contenido.

—¡Pepita!... Esto es una porquería. Lleva cinco años envasada. Se ha convertido en un foco de gérmenes... ¡Tiene hasta gusarapos!

Se levantó con decisión. Fue al baño y vertió el agua milagrosa en la taza del inodoro. Mi madre suspiraba, al borde del soponcio. Filomena, a escondidas, se santiguó al revés. Después de vaciarla, tiró de la cadena, volvió a la alcoba, le dio la botella vacía a Filomena y tomó asiento para rellenar la oportuna receta.

Joaquín, que estudiaba en Madrid, nos aclaró que los “gusarapos” son unos bichitos que se crían en el agua encerrada, por muy limpia que esté cuando se embotella. “Si los ves con una lupa, son parecidos a los caballitos de mar”.



Así que la prima Teresita y yo decidimos envasar agua en una botella, taparla, y esconderla en el “rinche” de la cuadra. Estábamos decididos a ver gusarapos, así que pasaran cinco años.

La prima Teresita se respuso de lo que fuera que tuviera. Pero, aquel año, volvió a la ciudad más flaca de lo que vino al Pueblo.

Con todo lo que pasó en los años siguientes, no volví a acordarme de la botella escondida en el “rinche” de la cuadra. Así que debe estar llena de gusarapos... Salvo que estos bichitos solo proliferen en el agua bendita.

Nunca sabré qué pasó dentro de la botella escondida. Pero he conocido a suficientes “gusarapos” como para saber la clase de bichos infecciosos que pueden llegar a ser.

¡Es una locura hacerse mayor!

El amigo de la prima Teresita

Nunca me tomé en serio a la prima Teresita, lo reconozco. No sé si por ser chica o por ser una chica de ciudad que venía al Pueblo como quien llega de una galaxia lejana. Nunca me la tomé en serio, hasta aquel verano en el que llegó a casa con su amigo.

-No cierres la puerta –me dijo-, ¿no ves que Yojar aún no ha entrado? ¿Qué quieres, dejarlo en la calle?

Por más que miré, no vi a nadie más. Pero decidí seguirle el juego.

-Perdona, chica –le dije, como quien reconoce un error involuntario.

Como fui el único miembro familiar que no obvió o, directamente, se rió del amigo de la prima Teresita, acabó sincerándose conmigo:

-Mi amigo Yojar es un ser venido del planeta U-230, que está a la derecha de Ganímedes, según se mira al cielo, una noche estrellada. Es buena persona, pero tímido, como son los de su raza...

Como me sorprendiera la jerga galáctica de la prima, dejé correr el asunto, lo que bastó para ganarme su confianza. Con todo, era Filomena la que menos crédito daba a sus ojos. Bastaba oírle decir a Teresita durante la cena: “Ten cuidado Yojar, que la sopa quema”, para que comenzara a santiguarse al revés muchas veces seguidas, mientras decía “¡La ha cogido la luna! ¡La ha cogido la luna!... Pobrecita”. Tal era la desazón que le producía la amistad de Teresita con Yojar, que se atrevió a decírselo a mi madre. “No haga caso, Filomena”, le despachó sus desvelos. “Los niños necesitan, a veces, llamar la atención. Lo mejor es no hacerle caso”.

-Pero ¿cómo no hacerle caso, señorita, si hasta le pone cubierto en la mesa?

Cosa bien distinta acabó pensando mi madre la noche que fuimos todos al cine *La Torre* a ver un espectáculo de magia. El cine era un cine, sin duda. Con su pantalla grande, como una sábana tendida pero tirante; las butacas abajo, arriba el Gallinero y, al fondo, la cabina de proyección, desde donde Modestín “ponía” las películas. Se llamaba *La Torre* porque estaba construido en el lienzo de la muralla donde había una atalaya, que eso era, por más que en el Pueblo le llamáramos “la torre”. Pues aunque era un “cine-cine” –como hay café-café–, de vez en cuando, el señor Pedro traía “espectáculos folklóricos, números de magia o géneros arrevistados”, según la nomenclatura erudita de mi madre. A estos últimos nos tenía prohibido ir por ser impúdicos y dar lugar a expresiones soeces salidas desde el Gallinero y dirigidas a las pobres chicas que debían ganarse la vida de manera tan poco digna. Ella decía “infame”. Yo no sé si mi madre sabía entonces, como yo supe después, qué hacían y con quiénes aquellas, en verdad, pobres chicas desde que acaba el espectáculo hasta que, de

madrugada, cogían el autobús y seguían “turné”, así decía, a San Vicente o La Codosera, por lo general.

El cine-cine *La Torre* se convertía en teatro con tan solo retirar la pantalla y colgar, en su lugar, un telón pintado. Aparecía entonces un patio andaluz, o una playa tropical con palmeras cocoteras y hasta un barco en alta mar, mecido por el vaivén de las olas y todo. Aquella tarde-noche, una nueva dimensión del tiempo del espectáculo –así rezaba en los carteles: “única sesión de tarde-noche”– mi madre nos llevó a ver al “Doctor Muriel. Gran mago internacional”. Lo de “llevarnos a ver” era la fórmula que utilizaba ante mi padre cuando ella quería ir a algún sitio. “Voy a llevar a los niños” –le decía, aunque nosotros no quisiéramos ir.

Al entrar, la prima Teresita se detuvo delante del señor Vicente, el portero, y muy en plan sota, advirtió:

-A Yojar no le has sacado entrada, tía.

-Anda niña, pasa –le ordenó mi madre con aquel aire suyo para dar órdenes que parecía una invitación cortés.

-¡Tía, Yojar no tiene entrada! –insistió Teresita en un ataque de honradez.

Mi madre, cerrando la comitiva de la fila familiar, le tendía las entradas al señor Vicente, como un abanico abierto, pero pequeño.

-¿Qué dice la niña, doña Pepita? –preguntó, extrañado, mientras cogía el abanico de entradas con una mano y nos contaba ostensiblemente con la otra.

Marisita, Petrilla, yo, Juan, la prima Teresita y mi madre. Seis personas y seis entradas. Joaquín no iba, porque ya tonteaba con las chicas y prefería pasear. Y Antoñito se subía al Gallinero con los amigos para armar bronca y decir inconveniencias, simulando la voz para no ser reconocidos.

-¡No le has sacado entrada a Yojar! –aseguraba la prima Teresita, señalando ostensiblemente detrás de ella.

La cola, obstruida por la presencia de Yojar, se alargaba y comenzaba a impacientarse, porque el señor Pedro ya había dado el segundo aviso y las luces de la sala habían bajado de intensidad.

-Teresita, ¡pasa de una vez y cállate! –le ordenó mi madre a punto de soponcio, al saberse objeto de la atención de medio pueblo por lo menos.

-Que quede claro, que Yojar, se cuela –dijo, irreductible la prima Teresita.

Y entramos.

Pero al acomodarnos, vino la segunda parte de la función. Entre Marisita y ella, la prima dejó una butaca libre, para ser ocupada por Yojar.



Como solía pasar, aquellos “eventos fuera de programa”, constituían un éxito de público. “¡Un llenazo!”, en el decir emocionado del señor Pedro. Y , poco antes de apagarse las luces y comenzar el espectáculo, llegó el matrimonio de los Barrantes solicitando que nos reagrupáramos para poder ocupar sus butacas. Y aquí empezó la “función” protagonizada por la prima Teresita, teniendo a mi madre como artista invitada a su pesar.

-No podemos movernos –dijo Teresita-. ¿No ve que esta butaca está ocupada por Yojar?

-Teresita, hija, córrete hacia acá y deja que estos señores ocupen su localidad.

-¡Esto pasa por no sacarnos una entrada a cada uno! Ya te dije que no era una buena idea “colar” a Yojar... Ahora te tocará tenerlo en las rodillas toda la función.

Y cogiendo a su amigo Yojar, lo sentó en las rodillas de mi madre y ocupó la butaca que acababa de quedar libre. Mi madre se acomodó a Yojar sobre su regazo. Yo vi el gesto que hizo. Así fue como mi madre vio la magia del Doctor Muriel con el amigo de la prima, en las rodillas. Tal vez por eso, durante toda la función, tuvo la cara de fastidio que tuvo.

Se apagaron las luces de la sala. Sonó la fanfarria y entró en escena el Doctor Muriel, prestigioso mago internacional. Acabó la presentación prometiendo hacer desaparecer un burro, “delante de los atónitos ojos de los espectadores”. El burro resultó ser el “semental del tío César”, lo que levantó varios comentarios de los considerados por mi madre como “expresiones soeces propias de gente bárbara”, como lo eran los espectadores del Gallinero, por más que, entre ellos, estuviera su hijo Antoñito.

El truco de la desaparición del semental resultó ser un fiasco y dio lugar a comentarios de la más variada catadura. El Gallinero se incendió con lo pitada y se vino abajo con la pataleta. Resultaba más fácil presentar en familia a un amigo como Yojar, que hacer desaparecer al burro del tío César. Al parecer.

Tal y como empezó a ponerse el panorama, no resultaba seguro que la prima Teresita viajara al Pueblo. Así dejé de saber del amigo Yojar. No sé si creció, o si desapareció. Si se hizo republicano o se sumó a los rebeldes. Es lo que suele pasar con los amigos de la infancia; que de una manera o de otra se van, desaparecen, como si nunca hubieran sido de verdad, como si solo hubieran sido una ilusión infantil que se va muriendo con la edad.



El gran invento de la prima Teresita

De las más célebres invenciones y andanzas de la prima Teresita en el Pueblo, creo que ésta fue la más gloriosa, ingeniosa, épica.

Apenas estalló la Guerra, quedaron establecidos “los bandos”, según decía mi padre. Nosotros, en el Pueblo, quedamos en uno. Y la prima Teresita, en la Ciudad, en otro. Mi padre los primeros días de jaelo, incertidumbres y desvelos, logró hablar por teléfono con su hermana. Cuántas veces le oí decir que fue la última comunicación con la Ciudad, antes de que “cortaran la línea”. El caso es que los mayores –¡siempre los mayores!– acordaron enviar a la prima Teresita al Pueblo, donde, se supuso, estaría más segura y no le faltaría casi de nada. Hizo el viaje con una recua de arrieros que venían de recogida, acompañados de dos seminaristas que pese a la boina, el chalequillo, la faja y las alpargatas, seguían teniendo pinta “de curas”. El solo hecho de que cruzaran las líneas, puede considerarse un milagro.

Mi padre dispuso que los pequeños, con mi madre, Filomena y Petrilla, nos trasladáramos a la huera de San Isidro, a un par de kilómetros del Pueblo, pero apartada del “ojo del huracán”.

Filomena mientras nos daba la merienda o, por la noche, bajo el parral, con el horizonte encendido por miles de luminarias centelleantes – como en una improbable tormenta de verano- nos contaba las cosas terribles que hacían los moros, quienes manejaban el cuchillo mejor que el señor Sabas, el carnicero, que ya es decir. Conocíamos bien el arte del señor Sabas porque lo veíamos actuar todos los años en la matanza. Era el matarife y daba gusto y grima, al tiempo, verlo picar la carne con dos cuchillos cruzados, sobre el tajo de tronco, y con dos copas de anís en el cuerpo. Según Filomena, con los moros nos ahorraríamos el anís, porque solo bebían sangre de “mujera blanca”, que así, aseguraba, llamaban a las mujeres españolas. No lo entendíamos muy bien; y ese grado de ignorancia contribuía a que el terror fuera más oscuro y profundo.

Si mi madre la oía, la recriminaba con énfasis:

–¡No diga barbaridades, Filomena! Que las mejalas rifeñas son de los nuestros... Y, además, no cuente esas cosas a los niños que, después, tienen pesadillas.

Entonces mi madre, para contrarrestar el miedo y darnos confianza, nos contaba cosas, como que los requetés navarros llevaban cosido en la parte izquierda de la camisa una imagen del Sagrado Corazón, con una leyendea que decía: “Detente bala!”. Y este amuleto los protegía de los proyectiles enemigos.

-Tía, si todos los soldados de la guerra fueran requetés, como no los

pueden matar, ganaríamos.

Mi madre la miró y no dijo nada. Después nos mandó a la cama. Desde entonces, tengo por seguro que la peor mentira de los mayores es el silencio.

Apenas oíamos el ruido de los motores se daba la voz de alarma y corríamos a refugiarnos en la bodega, siguiendo instrucciones precisas de mi padre.

-Los nuestros no van a bombardearnos. Pero nunca se sabe las vueltas que da una guerra.

Fue entonces cuando la prima Teresita nos expuso su teoría. Una vez más, yo fui el único que la creyó. Ella había sufrido dos bombardeos en la Ciudad y, en el refugio, oyó contar a un jovenzano algo que, de inmediato, hizo suyo: nosotros no podíamos morir porque a los niños no se les mata en una guerra... Pero, por si acaso y sin querer, una bala perdida, la esquirra de una bomba... La prima Teresita tuvo una idea prodigiosa, que le debía tanto a la información del refugio, como al detente de los requetés.

A unos sacos de papel –de un producto que utilizaban en el viñedo y que olía como la rebotica de Joaquín Cortés– les hicimos tres agujeros. Por el del centro sacábamos la cabeza; y los brazos por los laterales. Dos viejas cacerolas, mil veces restañadas y sacadas del desván donde mi madre almacenaba zarrios “por si sirven para algo”, nos sirvieron a nosotros de cascos.

–¿Esto sirve para algo? –pregunté extrañado.

–Nos hacen invulnerables.

–¿Quién te enseñó a hacerlo?

–Mi amigo Yojar, el galáctico.

Así que cuando oíamos acercarse el rugido de los motores y los demás corrían a la bodega, ella y yo nos poníamos los trajes protectores y, tumbados boca arriba, veíamos los aviones pasar por encima de nosotros: las patrullas en formaciones precisas de tres “Fiat”, pequeños y brillantes, como el avión de hojalata que un año le trajeron los Reyes a Antoñito. O los pesados bimotores “Heinkel 111”, que, en formación de V, volaban tan bajo que se les podía ver la cara a los pilotos. Teresita los saludaba agitando la mano mientras me instruía:

-Van a aterrizar a Colmenar o a Manzaneres el Real, que tiene un castillo al lado de un lago con patos. Yo lo he visto una vez que los del “cole” nos llevaron de excursión.

Aquella tarde pasaron más aviones que nunca. Nos sobrevolaron formaciones de cazas a bastante altura. Y, después, llegaron los bimotores bobarderos volando pesadamente, muy bajos. De pronto oímos desgarrarse el aire con un zumbido que se nos aproximaba a toda velocidad. Tras un ruido tremendo, la tierra tembló bajo nosotros. Nos envolvió una gran

polvareda y comenzó a caer una granizada de terrones, piedras y chinarrros.

Cuando se disolvió la polvareda, “un pepino de 100kilos” –así lo llamó mi padre- apareció hincado a los pies mismos de la prima Teresita. Medio enterrado, humeaba y olía a goma chamuscada.

–¡No los hubiéramos encontrado! –aseguró mi padre, horrorizado, mientras Filomena le daba a mi madre tila caliente con una cucharilla de plata-. ¡Hubieran quedado hechos picadillo!

“¡Como si nos hubieran cogido los moros!”, pensamos los dos al tiempo, sin calibrar el peligro. Cosa que no podíamos hacer; no solo por una cuestión de edad; sino porque ambos llevábamos puestos nuestros trajes protectores que, en aquella ocasión, funcionaron.

Tal fue la fe que teníamos en el invento de la prima Teresita. Pero, con el tiempo, los trajes se nos quedaron pequeños y perdieron todo su poder. ¡Una lástima!



Pa'peras, pa'higos

Apenas entró en casa, la prima Teresita se encontró mal y a media tarde ya estaba en la cama con un fiebrón de los que hacían saltar el mercurio fuera del termómetro.

Mi madre dijo: “Amigdalitis”. Filomena sentenció: “Esta niña está a punto de florecer”. Pero llegó don Daniel y diagnosticó: “Inflamación aguda de las glándulas tiroides. Paperas, Pepita”.

Marisita, con su golpe de explosiva ingenuidad, preguntó: “Si está a punto de florecer, ¿habrá que regarla?”. Yo me imaginaba a la prima Teresita flaca como un tallo, saliéndole geranios por la nariz y crisantemos por las orejas. A sus flores acudirían abejas, moscones y algún picaflor. ¿Le echaría mi padre DDT, como hace con sus macetas?... Todo comenzaba a ser un misterio.

La pusieron una bufanda vieja alrededor del cuello, cogida con un imperdible de los grandes. Se parecía al Felipe II de “Cien figuras españolas”, que llevaba gola. Y un pañuelo alrededor de la cabeza, por debajo de la barbilla y atado al cocoroto. Parecía que le dolieran las muelas. Total, que de aquella facha, la pobre prima Teresita se parecía a Felipe II con dolor de muelas.

Como la paperas eran “altamente contagiosas”, según don Daniel, aposentaron a Teresita en la alcoba de los invitados, en lugar de dormir con las niñas, como siempre. La alcoba era grande, con dos camas cameras y un ropero de cuatro puertas y cualquier sonido parecía irse alejando hacia los rincones, hasta desaparecer. La prima Teresita pasaba pánico, sola en aquella lúgubre estancia. Nosotros teníamos prohibida la entrada por temor a acabar todos con paperas, o “florecidos”, a saber. Todo era un misterio para mí.

Siempre que podíamos, nos íbamos a hacer la guardia a la prima. Digo “hacer la guardia”, porque de la puerta no pasábamos. Desde ella, parapetados tras la pared, le hablábamos y, por las tardes, le leíamos el “Kempis”; aunque cuando mi madre se iba nos pasábamos a los tebeos, que era lo que le gustaba. Nunca entendí por qué no se los daban directamente. Todo aquello era un misterio.

Aprovechando la ausencia de mi madre, Filomena ponía bajo la gola hojas hervidas de alcachofa, que es lo que de verdad, cura las paperas: cataplasmas de alcachofas; y no las medicinas de la botica, que no hacen sino embarrar el estómago. Desde la puerta, veíamos la cura furtiva de Filomena y prestábamos mucha atención para oír, al menos, parte de sus rezos salmodiados. Pero no entendíamos nada. Entonces es cuando

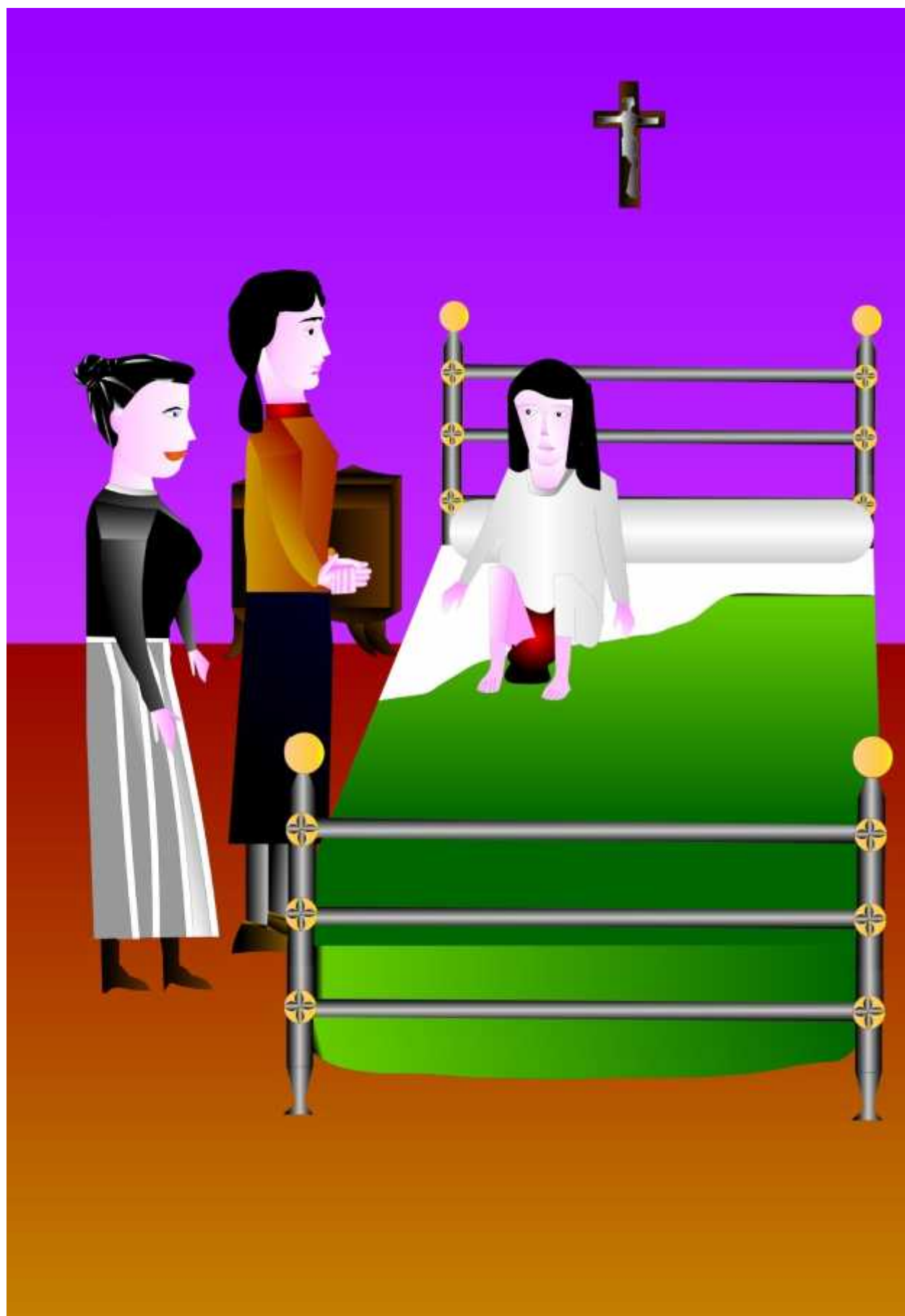
Marisita decía: “Está llamando al diablo”. Y nosotros, tras la puerta, nos santiguábamos al revés, para que no nos cogiera. Todo era un misterio.

La prima Teresita ya iba mejor. Nos dejaban entrar en la alcoba; pero quietecitos y sentados a cierta distancia de la cama. Supongo que mi madre había calculado hasta donde podían llegar los microbios, ahora ya debilitados por las medicinas de la botica o las cataplasmas de alcachofas de Filomena. ¡A saber! Todo un misterio.

Una mañana, los desolados gritos de la prima Teresita pusieron en pie de guerra a toda la casa, estremecida hasta los alacetes. Cuando llegó mi madre, con el sofoco correspondiente, la encontró sentada en la cama con las piernas muy abiertas. Una mancha como de chocolate embadurnaba las sábanas y los bajos del camisón. Cuando llegamos nosotros, en tropel, no nos dejaron entrar. Entonces llegó Filomena y dijo su famosa frase: “Ni *pa’ peras*, ni *pa’ higos*. Esta niña estaba *pa’ florecer*”. Esto sí era un misterio.

Desde aquel día, y pese a su esmirriadez, la prima Teresita fue mujer. Todo el mundo se lo decía, poniendo cara de mema: Manolita Cortés, Pura Bueo, la tía Helena, doña Eduvigis Cuéllar, la sosaina de Encarnita Paredes, ¡todo el mundo!

Yo siempre me pregunté: “¿Y antes, qué era pues?”... Sería un misterio.



El misterio del Cristo

Las novenas de la virgen del Carmen se celebraban en la parroquia de Santa María del Mercado, que, intramuros, dominaba el pueblo desde las faldas de la ladera rematada por el Castillo. Era una iglesia románica, cerrada a cal y canto, donde en invierno hacía mucho frío y en verano mucho calor. “Sofuquina” era el término empleado por las feligresas para dominar el ambiente denso, espeso y mareante que se conseguía con el hacinamiento, el olor a incienso y al humo de la cera quemada de los cirios votivos. Ello significaba el uso constante de los abanicos. Y el abrir y cerrar de las varillas, era el más característico de los sonidos de aquellas devotas tardes de plomo. Solo cuando el predicador –un capuchino panzudo, barbudo y con sandalias– subía al púlpito para amedrentar a la parroquia con las penas temporales del Purgatorio, cesaba el raca-raca de tan peculiar y eficaz sistema de ventilación personal. Decía: “Dejad los abanicos y prestad atención”... Entonces explicaba lo del penar y cómo la virgen del Carmen, cada viernes, sin faltar, bajaba al Purgatorio y rescataba el alma en pena de uno de sus fieles devotos. Esto era interesante porque las penas del Purgatorio eran idénticas a las del Infierno, o sea, fuego, azufre y tizonazo, sólo que temporales, en contraposición a las del Infierno que eran eternas.

A nosotros, mi madre nos obligaba a ir a la novena. Pero la prima Teresita y yo nos colábamos en el coro, dominio de don Jacinto Pola, músico, director de la Banda Municipal de Música y organista de Santa María del Mercado en la novena de la virgen del Carmen. Nos dejaba estar allí, sin hacer ruido, porque me daba solfeo particular. Con sólo oír su música te entraban ganas de cantar en latín.

Desde la baranda del coro, sentados en el suelo y con los pies entre los barrotes, tendidos al vacío, observábamos el peculiar modo de abanicarse de cada una de las feligresas, que era de muy distinta manera si era rica o pobre, pechugona o lisa, según la clasificación de la prima Teresita.

Frente a nosotros, colgado del arco del crucero, estaba un Cristo crucificado, la joya artística de la parroquia. Mi madre decía que era “románico puro del siglo XI”, aunque a nosotros nos parecía desmadrado, desproporcionado y bastante estrambótico en general. Tenía cara de estar sufriendo, pero de aburrimiento. La prima Teresita me hizo ver, comentándolo en voz baja, para que don Jacinto no nos echara del coro, que si le desclavaban las manos, los brazos le llegarían más debajo de las rodillas. “Como los monos” aseguró. Y, de momento, aquella observación,

me sonó como a pecado.

Una tarde al salir, me dijo:

—El Cristo tiene pilila.

La afirmación superó mi capacidad de infantil asombro. Yo entonces no podía saberlo, pero me escandalizó hasta el punto de hacer tambalearse los principios de las creencias tan afanosamente inculcadas por mi madre. Tanto, que no sabía si había de confesárselo a don Salvador en la próxima confesión.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté, sin saber cómo se me ocurrió la pregunta.

—Porque se mueve arriba y abajo tras el trapo.

El “trapo” era una cobertura carmesí con la que doña Gabina Cuéllar había cubierto al Cristo de la cintura a las rodillas. La verdad es que no le pegaba nada aquel faldumento morado ribeteado con cinta de pasamanería; igual que la túnica del Cristo en la Columna, paso procesional de cuya cofradía era cofrade mayor. Desde la perspectiva actual, no me cabe duda que aprovechó un retazo sobrante para adecentar al Cristo desgarrado y antiguo, joya de Santa María del Mercado. Planteadas así las cosas, al día siguiente, toda nuestra atención se centró en el Cristo. Más exactamente, en una parte concreta de la imagen: la entrepierna.

Aquella tarde de novena, dejó de tener interés el tejemaneje de las devotas con sus abanicos y la música de don Jacinto Pola. Nos sentamos parapetados en la baranda, con la vista fija en tal parte del Cristo románico. La fatigosa liturgia de la novena fue transcurriendo sin novedad alguna. Pasaron las preces, loores y el sermón. Y en el momento en el que don Salvador cogió la custodia para la bendición final, el “trapo” del Cristo comenzó a moverse. La prima Teresita me dio con el codo. Yo no salía de mi asombro. Omito los pensamientos sobre el paralelismo de los movimientos vistos, con los homónimamente sentidos cuando te aprietan las ganas de hacer pis.

Al salir de la novena, el objetivo estaba claro: había que desvelar el misterio del Cristo. A ello se puso la sagacidad de la prima Teresita. Al estar edificada en una ladera, la parte posterior del ábside era más baja que la del pórtico. Una ventana de la sacristía —posterior añadido a la iglesia románica— resultaba accesible para colarnos en sagrado. Por ella entramos una tarde, acabado ya el novenario, la prima Teresita y yo, resueltos a todo.

Cogimos la escalera guardada en el cuarto de los trastos y cargando con ella comenzamos a caminar por la nave. Nuestros pasos levantaban como ecos sacrílegos de profanación; aunque para mí, entonces, eran tan solo una primera sensación de miedo.

Apoyamos la escalera al lado del Cristo. La prima Teresita comenzó a subir peldaño a peldaño, acercándose al misterio. Ya al alcance de la

mano, el “trapo” comenzó a moverse. Ululó el misterio guardado y el eco resonó por toda la iglesia, hasta perderse en el trascoro. La prima Teresita se asustó y vaciló en el aire. Se agarró al “trapo”, perdió el equilibrio y cayó de espaldas, arrancando de cuajo la vestimenta del Cristo, que quedó desnudo, por así decir.

–Se ha roto un brazo –aseguró mi padre, entre enfadado y agradecido, en la consulta de don Daniel–. ¡Pero hubiera podido desnucarse!

–Habrá que hacer un acto de desagravio –suspiró mi madre, envuelta en los sudores semejantes a cuando le atacaba la mareina al barruntar tormentas. Filomena, en el secreto cobijo del desván, rezó a la Luna.

La prima Teresita se pasó el verano con el brazo enyesado. Pero habíamos desvelado, al fin, el misterio del Cristo: no tenía pilila.

La parte pudenda que el “trapo” de doña Gabina Cuéllar velaba, no era sino un tronco apenas desbrozado, que tenía añadidas las piernas y el torso. A la altura oportuna, un gran nudo de la madera había sido aprovechado por una vieja lechuza para anidar. Desde él, bien protegida, dominaba el espacio de la nave, el coro y la sacristia, su natural cazadero de roedores y polillas. Para su solaz, tenía el aceite de las lámparas sagradas en los tranquilos periodos en los que Santa María del Mercado estaba cerrada al culto, que eran largos. De hecho, desde que la sede parroquial se trasladó a San Mateo, iglesia céntrica y extramuros, solo se abría para la novena de la virgen del Carmen, la misa de san Blas, el Lavatorio del Jueves Santo y alguna boda excéntrica. El resto del año, permanecía cerrada, para tranquilidad de la lechuza.

El brazo en cabestrillo de la prima Teresita, aquel verano, fue objeto de diversas consideraciones. Para ella y para mí no fue sino el mejor homenaje a la muestra de valor.

Desde entonces, el desgarrado, larguirucho y estrafalario Cristo de Santa María del Mercado fue ya otra cosa. Hay misterios de la infancia que nunca deberían ser desvelados.



El higo chumbo

Los veranos en el Pueblo pasaron como la floración de esas hermosas flores tropicales, delicadas y hermosísimas, que apenas se muestran durante segundos en todo su esplendor. Y de ellos, hay sucesos que guarda mi memoria flotando, indecisos, entre la vigilia y el sueño.

Uno de estos ocurrió tras la obligatoria siesta, en una de aquellas tardes de calor y chicharras. Don Antonio, mi padre, tenía prohibidos los higos chumbos para el postre. Y no porque fuera fruto grosero, sino porque, según su criterio, se “comía madera”, con los consiguientes efectos de un entripado. Pero no hay fruta más codiciada para un niño, que la fruta prohibida. Y así, los higos chumbos –“chombos” los llamaba Filomena, “jigos chombos”–eran algo más que una tentación, sólo contenida por el temor al castigo si los mayores se entaraban de que habíamos ido a cogerlos.

Aquella tarde, el aire todavía caliente activó la intrepidez de la prima Teresita y nada más poner un pie en la calle, cuando aún la onza de chocolate de la merienda no había comenzado a derretirse entre los dedos, propuso: “Vamos a higos chumbos”.

Las mejores y más cercanas chumberas estaban tras la caseta de camineros, a las afueras del Pueblo, en una de cuyas paredes, en azulejos azules con letras y números blancos, ponía: ***A Badajoz 24 kms.***

Bordeaban un roquedal y, como es lógico, los higos más próximos a la carretera eran los primeros en cogerse. Así que había que adentrarse en el campo, hasta dar con la partida.

Para cogerlos, nos industriábamos una caña abierta por un extremo. La abertura se mantenía separada con un palito, para coger el higo. Una vez allí encajado, con un ligero, pero diestro giro, el fruto se desprendía de las verdes hojas, ovaladas y carnosas, erizadas de espinas; y ya era tuyo. Pelarlo resultaba ser otra cosa.

Teresita fue la primera en verlo. Era un higo grande, gordo y morado como uno de aquellos cardenales que dieron esplendor al Renacimiento. Estaba coronando una de las hojas más altas del interior de la chumbera. Llamó mi atención golpeándome el brazo con la caña, lo señaló y fue a por él. Pero la caña era corta y no llegaba. No tardó en dar con una posible solución: bordeó la gran piedra de granito y subió a ella, por la parte de atrás, decidida a cobrarse aquella gema vegetal por más dificultades que encontrase para alcanzar su propósito. No está escrito que lo apetecido sea fácil de conseguir.

Se tumbó bocabajo y extendió la caña. Arrastrándose poco a poco, fue acercándose al borde redondeado de la roca. Cuando ya la parte abierta de la caña tocaba al higo, la prima Teresita resbaló, dio un volatín y cayó de espaldas en medio de la chumbera, donde quedó como un san Andrés, aspada.

Subí corriendo al alto de la traidora roca. Lleno de infantil impotencia, la vi y no supe qué hacer. Estaba atrapada en aquella trampa erizada de espinas.

—Ve a buscar a tu padre —me dijo, no sin entereza—. Yo no me puedo mover. Me pincho por todos los lados.

Corrí hacia el casino de La Concordia, donde mi padre estaría jugando la partida de tute subastado con los amigos.

Llegaron todos a la caseta en el Ford T del señor Aníbal que tenía matrícula 234 de Murcia, y, por esto, era conocido como el “Mu”. Para sacar a la prima Teresita de la chumbera hizo falta un hacha y la escalera de Ángel, el blanqueador, que era la más alta del Pueblo.

Ya con Teresita en brazos, mi padre dijo:

-Parece un erizo.

Cuando nos íbamos, yo miré a la chumbera y vi al cardenalicio higo chumbo reventado, con la pulpa rebosando la piel erizada de púas.

Don Daniel comprobó que no tenía rotura alguna, ni siquiera magulladuras; pero debía de permanecer en “decúbito prono” —así que le dijo a mi madre- a fin de que las espinas no se le clavarán y más y pudieran infectársele los mil picotazos con que tenía lacerada toda la trasera de su cuerpo.

—Un san Sebastián parece! ¡Dios bendito! —suspiró mi madre—. En el pecado llevas la penitencia, hija mía.

Así que prepararon una cama turca en medio del comedor donde estaba entronizado el Sagrado Corazón, arrimaron las sillas de respaldo alto y echaron por encima una sábana, porque la prima Teresita no podía ponerse camión, ni aguantaba el roce de sábana alguna. Filomena la untó de aceite para facilitar la expulsión de espinas; y así quedó la prima Teresita, ungida y preservada en aquel improvisado catafalco, como la vestal de una antigua religión del Pueblo, lista para la expiación de su culpa. Mi madre nos prohibió a los chicos entrar en el comedor.

Solo en dos ocasiones se retiraba la sábana, además de las necesarias para darle de comer o utilizar el orinal que tenía debajo de la cama. Una de ellas era cuando venía una visita para interesarse por “la pobre niña”. Entonces mi madre, oficiando una de aquellas teatreras situaciones que tanto le gustaban, apartaba la sábana y mostraba el horror, como el charlatán que enseña al monstruo de feria por un real el pase.



La otra era por la tarde, cuando llegaban las amigas de Marisita, cada una con su pinza de depilar. Se sentaban alrededor de la cama y despinaban a la prima Teresita, con la misma dedicación con que se espulga una manada de monos; con igual exquisita delicadeza con la que las golondrinas arrancaron las espinas de la cabeza del Crucificado. Mientras una de ellas leía en voz alta cuentos de chicas. Y se iban turnando.

-¡No me gustan! –protestaba la prima Teresita–. A mi me gustan los cuentos de El Guerrero del Antifaz, Purk, el Hombre de Piedra y los de Hazañas Bélicas.

Entre las desabridas protestas y el hecho de que las espinas fueron escaseando, las amigas de Marisita dejaron de ir.

Entonces yo, desde el quicio de la puerta del comedor, le leía los cuentos que a ella le gustaban. Así cada tarde, hasta expulsar la última espina.

Cuantas veces, con la complacencia del recuerdo, he pensado: “¡Si fuera tan fácil sacarse las espinas de la vida, como lo era en aquellas tardes de calor y chicharras, allá en el Pueblo”...

FIN

Pepe de Uña nació en un pueblo y en otro vive. Es, por tanto, de pueblo y se siente de Pueblo.

“Se canta lo que se pierde”, asegura una coplilla machadiana. Y eso canta en estos relatos el Autor: a la familia, los amigos, la infancia, la fidelidad, la vida rural... Modos y maneras que van alejándose en un tiempo pasado.

Sólo la memoria puede devolverlos a la efímera vida de los recuerdos.



Foto: Jósian Pastor

Quintín García Muñoz ha ilustrado tanto sus propias obras como las de otros autores. Algunos libros y cuentos ilustrados: El Alma del Almendro, Corazón con Corazón, Los Limones de Mallorca, Recuerdos del Porvenir, Micromundos...



